

BUSCAR AL “DIOS ESCONDIDO”

por Luis Carlos Bernal OP

El camino del creyente comienza en la búsqueda de Dios. Es su primer paso. Él siente la necesidad de buscar a Dios con empeño y con pasión, a tientas a veces. A menudo, el que busca a Dios exclama como el profeta Isaías: “En verdad, tu eres un Dios escondido” (Is 45, 15). “Él es por definición –decía Juan Pablo II– el ‘Deus absconditus’. No lo puede abarcar ningún pensamiento. El hombre solo puede contemplar su presencia en el universo, siguiendo sus huellas y postrándose en adoración y alabanza”¹. Ahí, en esta coyuntura de urgencia de claridades, de búsquedas de sentido se inicia el camino de la fe, el trayecto del creyente.

¿Dónde se oculta Dios? ¿Por qué se esconde? ¿Cómo encontrarle? ¿Por qué caminos? Estas y otras preguntas semejantes son las que van a provocar mi reflexión.

“A Dios no lo ha visto nadie jamás” (1 Jn 4, 12)

Así lo afirma San Juan, tan rotundamente. A pesar de haber vivido con Jesús, de haber comido y bebido con él y ser su buen amigo, insiste en que “nadie ha visto a Dios jamás” (Jn. 1, 18). Su experiencia de Dios es –como la de Isaías– la de un “Dios escondido” que Jesús le fue dando a conocer, y que aún sin verle, creyó en él. El Dios de Israel es el Dios invisible, pero que, no obstante, está en medio de su Pueblo como *Yahvé*, como el que *acompaña* y *actúa*.

Nadie ha visto a Dios, descocemos su rostro. Sin embargo, y a pesar de todo, muchos le buscamos en sus “escondites”; algunos han clausurado su búsqueda, porque ésta –dicen– no tiene sentido; otros, los que son capaces de engañarse a sí mismos, se “crean” (del verbo *crear*) un dios para luego poder “creer” (del verbo *creer*) en él y resolver sus dilemas y apaciguar sus vidas. Pero, existe todavía una raza de mujeres y hombres, que buscan incesantemente su rostro, orando como el salmista: “Digo para mis adentros: ‘Busca su rostro’. Sí, Yahvé, tu rostro busco: no me ocultes tu rostro” (Sal 27, 8-9).

La vida del creyente va a ser, pues, una permanente búsqueda del “Dios escondido”. Con el tiempo, y a fuerza de ejercitar y educar su mirada al Misterio, aprenderá el arte de ver al “Invisible” presente y visible en un impresionante universo sacramental. La fe dará vigor a sus ojos y confianza a su corazón y, por eso –asegura Jesús– será “dichoso”, porque ha creído sin haber visto (Jn 20, 29); lo “ha visto” porque “ha creído”. No se trata de una burda autosugestión, sino de una *convicción personal* de que “Alguien”, fuera de él, está ahí, junto a él. Esta es una de las muchas “convicciones” con que el hombre cuenta para realizar su vida. *Fiarse* de lo invisible y *confiar* en ello no es una debilidad humana ni un autoengaño sino una posibilidad de vivir la vida con plenitud. El Principito estaba convencido de ello al decirse a sí mismo: “Lo esencial es invisible a los ojos”.

¿Dónde está Dios?

Dios, ¿dónde se esconde? ¿Dónde buscarle para encontrarle? ¿Cómo reconocer su presencia? Desde niños aprendimos esta verdad fundamental: que “Dios está en todo lugar”. Es una de nuestras firmes convicciones de fe. Está en todo lugar como un “distinto”, sin confundirse con nada ni con nadie. Es el “absolutamente Otro”. Es una “presencia” que trasciende ese lugar y, a la vez, lo sostiene y transfigura; es una presencia, semejante a un gran abrazo divino, que envuelve todo sin asfixiarlo ni oprimirlo, sino dándole seguridad y consistencia pues, “en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28).

Pero, no es de la “presencia de Dios” de la que deseo hablar, sino más concretamente de los *lugares donde él se “esconde”*, a donde el que se inicia en la fe ha de acudir para encontrarle. O, dicho de otra manera más precisa: ¿cuáles son los signos de su presencia, que orienten el camino del creyente en su búsqueda de Dios? Porque sabemos dónde está Dios pero, a menudo, nos cuesta reconocerle y encontrarle. Con frecuencia vivimos la experiencia de Elías (1Re 19). Al profeta Elías le perseguían para matarle. Él huyó buscando a Dios en el Horeb. Necesitaba su protección. Subió a la montaña y se escondió en la

cueva. Yahvé le ordenó salir de ella para mostrársele, pero Dios no estaba en el huracán, tampoco en el terremoto ni en el fuego. Yahvé estaba en el susurro de una brisa suave. Elías sabía que Yahvé estaba en la montaña santa, pero le costó reconocerle.

Voy a indicar ahora algunos “lugares” privilegiados –que podemos denominar “sacramentos” en sentido amplio– donde podemos hallar al “Dios escondido”. Dado que “Dios está en todo lugar” no pretendo enumerar todos esos “lugares”. Además, doy por supuesto que cada uno de nosotros sabe –con el *saber* del *sabor*, por experiencia– donde suele encontrar a ese Dios, a quien denomina con ternura: “el Dios de mi vida”.

- *Dios está presente en la creación.* San Pablo, reprocha a quienes “aprisionan le verdad en la injusticia” el no reconocer la manifestación de Dios en la creación: “Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció” (Rm 1, 20-21).

El “homo religiosus”, sin embargo, considera a la creación como una gran *hierofanía*, una impresionante *manifestación de lo sagrado*². La tierra, los mares, el transcurso rítmico del tiempo, la sucesión de las estaciones, el firmamento, la montaña santa y la piedra sagrada, y tantas otras realidades sacras son para el hombre religioso “lugares” donde lo sagrado, “lo absolutamente otro”, se le muestra en una presencia escondida y cercana. Para quien busca a Dios, la creación se transfigura y se hace lenguaje que le habla del Trascendente, al que denomina con nombres diversos. Israel lo llama Yahvé, el creador de toda creatura, el Altísimo, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

- *Dios está presente en la historia.* Dios aseguró a Moisés, cuando éste le reclama su nombre (cf. Ex 3, 13-15), que él era *Yahvé*, es decir: “el que está interviniendo” en la historia, el Dios de sus padres. Yahvé es *presencia* y *actividad* en la historia: creó el cielo y la tierra, hizo al hombre, liberó a los hebreos de Egipto, los condujo a la tierra prometida... Dios es el guía de su Pueblo, su Salvador. Pero, no lo conduce “desde lejos”, sino “desde cerca”, desde su inserción en la historia del Pueblo, caminando con él, hablándole, pactando y haciendo alianzas con él.

El creyente busca y encuentra a Dios presente, actuando, pero “escondido” en la historia, en la suya personal (su biografía) y en la de los hombres y mujeres de su tiempo; en los acontecimientos felices o desgraciados que tejen la historia.

- *Jesús de Nazaret, Dios y hombre verdaderos.* La humanidad visible de Jesús oculta, pero a la vez revela su divinidad invisible. Sus gestos humanos revelan la intimidad del Dios invisible. Sus lágrimas revelan el dolor de Dios; su opción por los pobres y “pequeños” manifiesta las preferencias de Dios; su pasión y muerte muestran el amor de Dios; su resurrección, hace patente el poder de Dios. Es que Jesús es siempre “Palabra”, la “que estaba en el principio junto a Dios, y la Palabra era Dios” (Jn 1, 1) que se hizo carne y habitó entre nosotros. Jesús de Nazaret, por lo tanto, es siempre *revelación*, “Imagen de Dios invisible” (Col 1, 15; 2Cor, 4, 4), tanto que, quien le ve, ve al Padre. (Cf Jn 14, 9; 12, 45).

No obstante, y a pesar de todo, Jesús continúa siendo el “Deus absconditus”, su divinidad se oculta en su humanidad. Sus paisanos de Nazaret se preguntaban extrañados: “¿Acaso no es este el hijo de José?” (Lc 4, 22); y sus discípulos, después de que Jesús calmara la tempestad, decían: “¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?” (Mt 8, 27). La gente discutía sobre la identidad de Jesús: ¿un profeta?, ¿el Cristo? (Cf Jn 7, 40-52). Jesús fue –sigue siéndolo– una persona realmente enigmática. El anciano Simeón lo había previsto proféticamente, advirtiendo que sería un “signo de contradicción” (Lc 2, 4); María y José, sus padres, no le comprendían (Lc 2, 50); sus parientes pensaban que estaba “fuera de sí” (Mc 3, 20-21).

Sin embargo, muchos intuyeron la divinidad de Jesús: la hemorroisa, una mujer audaz, que para sanar su enfermedad cree suficiente tocar el manto de Jesús (Mt 9, 18-22); Pedro, en la pesca milagrosa (Lc 5, 1-11); los ciegos de Jericó (Mt 20, 29-34); Nicodemo, que visitaba a Jesús “de noche” (Jn 3, 1-21). Y

tantos otros. Tomás y Pedro, culminaron su búsqueda y reconocieron y confesaron abiertamente la divinidad de Jesús. El primero responde a la pregunta de Jesús: “¿Quién dicen que soy yo?”, le confiesa: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt. 16, 16); y el segundo, superando su inicial incredulidad, exclama: conmovido “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

Finalmente, Jesús fue indicando a quienes buscan al “Dios escondido” los caminos para descubrirle. Voy a referirme únicamente a dos ³.

- El primero, el “camino” privilegiado, el más certero, es él mismo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, conocerán también a mi Padre; desde ahora lo conocen y lo han visto”. Ante las inquietudes de Felipe, Jesús insiste: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 6-9). Cristo es el Camino donde muchos hemos encontrado y visto al Dios invisible.
- El segundo camino pasa por la vida desfavorecida y dolorosa de los pobres, los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos y presos (Mt 25, 31-46). En ellos está el “Dios escondido”. Tan oculto está, tan desfigurado, que la pregunta, llena de sorpresa, es “¿cuándo te vimos hambriento, sediento, preso, desnudo...? La respuesta de Jesús es sorprendente: “En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron”. Es verdad: ¡cuántos hombres y mujeres han encontrado al Dios invisible en los “hermanos más pequeños”!

Buscar a Dios

Salmo I de Miguel de Unamuno

Cuando menciono a “Dios” me refiero a “Aquel” a quien nombramos con la palabra “Dios”. Hago esta aclaración porque frecuentemente se confunde el Dios a quien se nombra con la palabra “Dios”. Lo que importa no es como se le nombre, sino “Aquel” a quien se nombra. A “ese” es a quien el ser humano busca, llámesele como se le llame, con un nombre o con otro. Desde este punto de vista, los ateísmos son más escasos y las “búsquedas de Dios” más semejantes. Porque, las preguntas fundamentales son: ¿en qué Dios no creen los ateos?, ¿a qué Dios busca el ser humano? Dos preguntas importantes que rebasan la naturaleza de este artículo, pero ahí quedan. En este escrito, me estoy refiriendo al Dios de Abraham, de Isaac y Jacob, al Dios del que nos habló Jesús.

Muchos son los que han buscado a Dios y muchos hombres y mujeres están todavía empeñados en su búsqueda. Sería interesante y enriquecedor interpretar sus búsquedas. Aprenderíamos mucho. Para concluir mi reflexión voy a comentar algunos versos del *Salmo I* ⁴ de Don Miguel de Unamuno (1864-1936), un obstinado buscador de Dios. El vigor de su búsqueda tal vez esclarezca las nuestras.

▪ La duda insistente

*Señor, Señor, ¿por qué consientes
que te nieguen ateos?
¿Por qué, Señor, no te nos muestras
sin velos, sin engaños? ¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda, duda de muerte?
¿Por qué te escondes?*

El camino del creyente comienza –como dije al comienzo de este artículo– por la búsqueda de Dios. Le buscamos porque es el “Deus absconditus”. Si él se mostrara sin velos, le veríamos cara a cara, y no habría lugar para la duda, pero tampoco para la fe porque ésta es “la prueba de lo que no se ve” (Hb 1, 1); la fe es una firme convicción personal que nos induce a *fiarnos* del “Dios escondido”, del Dios Invisible, y a *confiarnos* a él. El camino de la fe supone un acto de confianza, de *credibilidad* ⁵. Las dudas, no obstante, siempre van a acompañar a quien busca el rostro de Dios.

▪ No caer en la trampa

¿Tú, Señor, nos hiciste

*para que a ti te hagamos,
o es que te hacemos
para que tú nos hagas?
¿Dónde está el suelo firme, dónde?*

Esta molesta duda es la que atormenta, a menudo, al buscador de Dios en los comienzos de su búsqueda. La fe, ¿no será una autosugestión? ¿Puedo ser al mismo tiempo el sugestionador y el sugestionado? ¿No estaré creando a un dios para que él, a su vez, me cree? ¿No me estaré tendiendo a mí mismo una trampa? Estas dudas persisten en el camino del creyente hasta la etapa en que inaugura un encuentro profundo y gratuito con Dios, donde experimenta que él es “el Otro” distinto a él, un “Tú” que se le ha revelado, a quien no puede poseer sino que se siente poseído por él.

▪ Anhelos de Dios

*¡Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir del todo; pero verte, Señor, verte la cara,
saber que eres!
¡Saber que vives!
¡Mírame con tus ojos,
ojos que abrasan; mírame y que te vea!*

El creyente quiere ver a Dios, aunque muera por ver su rostro. Como el profeta Elías sube al Horeb a ver a Dios y a que él le vea; quiere saber que Dios está y que vive. Su plegaria es: “¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” (Sal 62). El hambre y la sed incitan la búsqueda.

▪ Las fatigas de la búsqueda de Dios

*Ya de tanto buscarte
perdimos el camino de la vida, el que a ti lleva
si es, ¡oh mi Dios!, que vives.
Erramos sin ventura, sin sosiego y sin norte,
perdidos en un nudo de tinieblas,
con los pies destrozados, manando sangre, desfallecido el pecho,
y en él el corazón pidiendo muerte.
Ve, ya no puedo más, de aquí no paso, de aquí no sigo, aquí me quedo.
Yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre!
Aquí te aguardo, en el umbral tenido de la puerta.
Tú me abrirás la puerta cuando muera,
la puerta de la muerte,
y entonces la verdad veré de lleno,
sabré si Tú eres,
o dormiré en tu tumba.*

Don Miguel de Unamuno describe el cansancio del creyente en su búsqueda de Dios. Nos cuenta su propia experiencia de dudas, tinieblas, pérdidas del rumbo. Y, todavía más: nos habla de duda terrible: si al morir se encontrará con él o dormirá en su tumba. Don Miguel está enterrado en Salamanca, en un sencillo nicho. Él mismo redactó este breve texto para la lápida: “Méteme, Padre Eterno, en tu pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar”. El camino del creyente es duro y arriesgado, pero vale la pena recorrerlo. “Ahora —decía Pablo— vemos como en un mal espejo, confusamente, después veremos cara a cara. Ahora conozco a medias, después conoceré tan bien como Dios me conoce a mí. Ahora nos quedan tres cosas: la fe, la esperanza, el amor. Pero la más grande de todas es el amor” (1 Co 13, 12-13).

1 Juan Pablo II, Catequesis sobre el Cántico del Libro de Isaías. Miércoles, 31 de octubre 2001.

2 ELIADE, M., Lo sagrado y lo profano. Ed. Guadarrama, Madrid 1967. 19: “Podría decirse que la historia de las religiones, de las más primitivas a las más elaboradas, está constituida por una acumulación de hierofanías, por las manifestaciones de las realidades sacras”.

3 Habría que hablar también de la Iglesia como Sacramento de Cristo y de los Sacramentos de Cristo y de la Iglesia. Pero, dicha temática sobrepasa la índole de este artículo. Habrá otra ocasión para hablar de ello.

4 Ernestina Champourcin, Dios en la poesía actual. Ed. BAC Minor. Madrid 1972, 39-43.

5 Martín GELABERT: “La credibilidad forma parte de la fe, como la amabilidad, el merecer ser amado, forma parte delo amor. Creíble no es aquello que parece más ‘lógico’, sino aquello que presenta signos de autenticidad, bien por la fuerza con que se presenta, bien por la confluencia de una serie de indicios, bien por la garantía que presenta un testigo”. Fe, en Palabras clave en Religión. Ed. Verbo Divino. Estella 1992, 232.



Salmo I

Miguel de Unamuno

Señor, Señor, ¿por qué consientes
que te nieguen ateos?
¿Por qué, Señor, no te nos muestras
sin velos, sin engaños?
¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda,
duda de muerte?
¿Por qué te escondes?
¿Por qué encendiste en nuestro pecho el ansia
de conocerte,
el ansia de que existas,
para velarte así a nuestras miradas?
¿Dónde estás, mi Señor; acaso existes?
¿Eres tú creación de mi congoja,
o lo soy tuya?
¿Por qué Señor nos dejas
vagar sin rumbo
buscando nuestro objeto?
¿Por qué hiciste la vida?
¿Qué significa todo, qué sentido
tienen los seres?
¿Cómo del poso eterno de las lágrimas,
del mar de las angustias,
de la herencia de penas y tormentos
no has despertado?
Señor, ¿por qué no existes?
¿Dónde te escondes?
¡Te buscamos y te hurtas,
te llamamos y callas,
te queremos y Tú, Señor, no quieres
decir: vedme, mis hijos!
Una señal, Señor, tan sólo,
una que acabe
con todos los ateos de la tierra;
una que dé sentido

a esta sombría vida que arrastramos.
¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?
¡Si Tú, Señor, existes,
di por qué y para qué, di tu sentido!,
di por qué todo!
¿No pudo bien no haber habido nada
ni Tú, ni mundo?
¡Di el porqué del porqué, Dios de silencio!
Está en el aire todo,
no hay cimientito ninguno
y todo vanidad de vanidades.
“Coge el día”, nos dice
con mundano saber aquel romano
que buscó la virtud fuera de extremos,
medianía dorada
e ir viviendo... ¿qué vida?
“¡Coge el día!”, y nos coje
ese día a nosotros,
y así esclavos del tiempo nos rendimos.
¿Tú, Señor, nos hiciste
para que a ti te hagamos,
o es que te hacemos
para que Tú nos hagas?
¿Dónde está el suelo firme, dónde?
¿Dónde la roca de la vida, dónde?
¿Dónde está lo absoluto?
¡Lo absoluto, lo suelto, lo sin traba
no ha de entrabarse
ni al corazón ni a la cabeza nuestras!
Pero... ¿es que existe?
¿Dónde hallaré sosiego?
¿Dónde descanso?
¡Fantasma de mi pecho dolorido;
proyección de mi espíritu al remoto

más allá de las últimas estrellas;
mi yo infinito;
sustanciación del eternal anhelo;
sueño de la congoja;
Padre, Hijo del alma;
oh, Tú, a quien negamos afirmando
y negando afirmamos,
dinos si eres!
¡Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
saber que eres!
¡Saber que vives!
Mírame con tus ojos,
ojos que abrazan;
¡mírame y que te vea!
¡Que te vea, Señor, y morir luego!
Si hay un Dios de los hombres,
¿el más allá qué nos importa, hermanos?
¡Morir para que Él viva,
para que Él sea!
Pero, Señor, “¡yo soy!”, dinos tan sólo,
dinos “¡yo soy!” para que en paz muramos,
no en soledad terrible,
¡sino en tus brazos!
¡Pero dinos que eres,
sácanos de la duda
que mata al alma!
Del Sinaí desgarras las tinieblas
y enciende nuestros rostros
como a Moisés el rostro le encendiste;
baja, Señor, a nuestro tabernáculo,
rompe la nube,
desparrama tu gloria por el mundo
y en ella nos anega;
¡que muramos, Señor, de ver tu cara,
de haberte visto!
“Quien a Dios ve se muere”,
dicen que has dicho Tú, Dios de silencio;
¡que muramos de verte
y luego haz de nosotros lo que quieras!
¡Mira, Señor, que va a rayar el alma
y estoy cansado de luchar contigo
como Jacob lo estuvo!
¡Dime tu nombre!,
¡tu nombre, que es tu esencia!,
¡dame consuelo!,
¡dime que eres!

¡Dame, Señor, tu Espíritu divino,
para que al fin te vea!
El espíritu todo lo escudriña
aun de Dios lo profundo.
Tú sólo te conoces,
Tú sólo sabes que eres.
¿Decir “yo soy!” quién puede a boca llena
si no Tú sólo?
Dinos “yo soy!”, Señor, que te lo oigamos,
¡sin velo de misterio,
sin enigma ninguno!
Razón del Universo, ¿dónde habitas?
¿Por qué sufrimos?
¿Por qué nacemos?
Ya de tanto buscarte
perdimos el camino de la vida,
el que a ti lleva
si es, oh mi Dios, que vives.
Erramos sin ventura
sin sosiego y sin norte,
perdidos en un nudo de tinieblas,
con los pies destrozados,
manando sangre,
desfallecido el pecho,
y en él el corazón pidiendo muerte.
Ve, ya no puedo más, de aquí no paso,
de aquí no sigo,
aquí me quedo,
yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre!
Ya no te busco,
ya no puedo moverme, estoy rendido;
aquí, Señor, te espero,
aquí te aguardo,
en el umbral tendido de la puerta
cerrada con tu llave.
Yo te llamé, grité, lloré afligido,
te di mil voces;
llamé y no abriste,
no abriste a mi agonía;
aquí, Señor, me quedo,
sentado en el umbral como un mendigo
que aguarda una limosna;
aquí te aguardo.
Tú me abrirás la puerta cuando muera,
la puerta de la muerte,
y entonces la verdad veré de lleno,
sabré si Tú eres
o dormiré en tu tumba.